

Presentación

España como potencia turística. Una visión a largo plazo

Carlos LARRINAGA
Universidad de Granada
larrinag67@hotmail.com

Rafael VALLEJO
Universidade de Vigo
vallejo@uvigo.es

El desarrollo del turismo en España no es algo nuevo, a pesar de las deslumbrantes cifras que de vez en cuando nos ofrecen las autoridades en esta materia. De hecho, nos estamos acostumbrando con demasiada facilidad a que nuestro país bata récords en llegada de visitantes. Sin duda, la grave crisis política por la que atraviesan muchos países del Mediterráneo está ayudando a ello. Las mal denominadas “primaveras árabes” de 2011 abrieron una etapa de inestabilidad en el norte de África y en el Próximo Oriente que hicieron que buena parte de los tour-operadores decidieran potenciar aún más el mercado español, hasta el momento seguro, estable y competitivo. En los últimos años España conserva su posición de ser uno de los destinos preferidos a nivel mundial. En 2014 Estados Unidos (177.000 millones de dólares) y España (65.000 millones) mantuvieron los puestos primero y segundo en el *ranking* de países por ingresos turísticos. Estos resultados se traducen en que el turismo aporta en torno al 12 por 100 de empleo total (2012) y al 11% del PIB. En el contexto de crisis económica que lleva padeciendo España desde 2008, el turismo es una de las actividades menos afectadas, habiendo contribuido no sólo a paliar la crisis, sino también a la moderada recuperación económica experimentada desde 2014.

Sin embargo, esto no fue siempre así. En la primera década del siglo XX, cuando el turismo empezaba a ser considerado como una “industria”, España no era un destino turístico internacional preferente. Las grandes potencias turísticas del momento eran Suiza, Italia, Francia y Alemania. Las cifras de visitantes extranjeros resultaban modestas y el elitista turismo de los españoles en el interior era más importante que el turismo receptivo. Lo que no quiere decir que el país no participase de las grandes corrientes turísticas de la época. De hecho, contaba con grandes potencialidades para el turismo: poseía numerosas y acreditadas fuentes minero-medicinales, excelentes playas frías, atractivos macizos montañosos, ciudades históricas relevantes y un rico patrimonio histórico. Es por ello que, en fecha tan temprana como 1909, Carlos Arcos vaticinaba para España un futuro espléndido como destino turístico. En su opinión, en aquel momento existían obstáculos para el desarrollo turístico en las infraestructuras del transporte y hoteleras, que dejaban bastante que desear, e incluso en el hecho de que los gustos culinarios fuesen muy distintos a los imperantes en otras zonas de

Europa, Francia especialmente, si bien una de las mayores dificultades era, en su opinión, el desconocimiento que los extranjeros tenían de España. Había una ausencia de información y un problema de reputación que era preciso subsanar, ya que en el momento en que los viajeros extranjeros tuviesen conocimiento de las realidades del país, de sus recursos con potencial turístico, comenzarían a venir y España podría convertirse, con la mejora de los equipamientos y la oferta para el visitante extranjero, en un importante destino turístico. Y, en cierta medida, así fue. De ahí que Carlos Arcos pueda ser considerado, en parte, como un visionario. Superada la década de 1950, España lograba convertirse en uno de los epicentros del turismo mundial. Y lo sigue siendo actualmente.

Ahora bien, esto no surgió de repente. España no partía de cero, evidentemente. Durante el primer tercio del siglo XX se habían ido sentando las bases de lo que posteriormente fue el gran despegue turístico. Existía entonces un turismo de élite que dejó amplia huella en los balnearios, en las localidades del mar Cantábrico o en las primeras manifestaciones turísticas en playas más cálidas del Mediterráneo o de Andalucía, por ejemplo, las cuales pronto se convirtieron en centros de atracción de nuevos turistas. De esta forma, para los años veinte y treinta del siglo XX, España contaba ya con destacados elementos de oferta para su conformación en destino turístico internacional. Las estadísticas, muy fragmentarias, así parecen ponerlo de manifiesto. A su vez, se sentaron también las bases de una Administración turística, primero con la Comisaría Regia de Turismo y luego con el Patronato Nacional de Turismo. Las propias infraestructuras mejoraron considerablemente, tanto en lo que se refiere a las carreteras, facilitando el turismo automovilístico, como en lo relativo a la creación de una industria hotelera cada vez más extensa y sofisticada, en la que los establecimientos de lujo llegaron a jugar un papel de primer orden.

Por consiguiente, hay evidencias más que suficientes de que algo estaba cambiando en el turismo español mediada la década de los veinte y a principios de los treinta. Manifestaciones que quedaron truncadas primero con la Guerra Civil y después con la Segunda Guerra Mundial. Para entonces se había producido una importante novedad que pronto iba a marcar el futuro de la historia del turismo, el acceso de las clases medias al consumo de servicios turísticos. Aquella actividad de élite propia de todo el siglo XIX y parte del XX asistió a un proceso de democratización, auspiciado por las vacaciones pagadas. Tras la contienda mundial no tardarían en retomarse las dinámicas turísticas de los años treinta. 1948 marca un punto de inflexión en este ámbito. El paradigma higienista, característico de los años previos a la conflagración, y aún perceptible, no tardaría en entrar en crisis, dando paso a un nuevo paradigma turístico presidido por el sol y la playa y la inclinación de los turistas de los principales países emisores, en la Europa desarrollada o en los Estados Unidos, hacia el Mediterráneo. Sin duda, en esta nueva concepción y geografía del turismo España tenía mucho que ofrecer y no perdió su oportunidad.

La recuperación de las economías de la Europa occidental tras la puesta en marcha del Plan Marshall fue decisiva para la economía española. España, bajo la dictadura de Franco y con una política autárquica, enseguida vio en el turismo una fuente de llegada de divisas, por lo que muy pronto se convirtió en una actividad compensadora de su déficit comercial. Tampoco tardaron mucho los tour-operadores extranjeros en

ver las posibilidades que presentaba España en materia de sol y playa. Los precios de los servicios turísticos españoles, intervenidos por el gobierno, eran sustancialmente más bajos que los de sus competidores. El tipo de cambio de la peseta, artificialmente alto, no fue un obstáculo en los años cincuenta para el inicio de la corriente turística hacia España. Los turistas extranjeros se proveían de pesetas en el mercado negro. Y con la notable devaluación de la peseta respecto del dólar, con el plan de estabilización de 1959, la corriente se convirtió en riada, al abaratar el viaje hacia España y fortalecer las importantes ventajas competitivas que el país ofrecía respecto de otras naciones de la cuenca mediterránea. Pese a ser regida por una dictadura con teóricamente poco predicamento exterior. A fin de cuentas, la naturaleza política del país no fue un impedimento para el crecimiento, año tras año, de las cifras de turistas extranjeros. El régimen encontró en ellas un factor de legitimación política y de estabilidad y éxito macroeconómico. El turismo se convirtió para sus dirigentes, pese a ciertos recelos progresivamente arrumbados, en una bendición, en tanto en cuanto el número de turistas extranjeros, durante los años del desarrollismo, se disparó, alcanzándose al final del periodo los 30 millones de visitantes. Se trataba de una cifra inimaginable sólo veinte años atrás, cuando España, recién salida de la guerra, era un país atrasado, con las infraestructuras destrozadas y en el que escaseaban hasta los alimentos más básicos. La “invasión pacífica” de turistas fue uno de los grandes aportes de la edad de oro del capitalismo en la Europa occidental al “milagro” español de los sesenta y primeros setenta.

Con crecimientos inéditos hasta la fecha en los países próximos, las clases medias y las familias de trabajadores optaron por España como destino turístico por tener sol garantizado a precios relativamente bajos en un entorno de seguridad física e islas de libertad en los enclaves turísticos, con tasas de tolerancia inéditas en otros ámbitos del país. James A. Michener, el autor de la monumental guía *Iberia* (1968) y buen conocedor de España, lo reflejó muy bien en su novela *Hijos de Torremolinos* (*The Drifters*, 1971). El éxito del destino España hizo que los ingresos por turismo se multiplicaran y jugaran un papel cada vez más determinante en la balanza de pagos. Con el Plan de Estabilización de 1959 el régimen había apostado por la industrialización del país y esta apuesta hizo necesaria una intensa capitalización que sólo fue posible con el recurso a las compras en el exterior (de maquinaria y tecnología, de bienes intermedios, etc.), lo cual generó un déficit comercial notable, que, en parte, fue subsanado con la venta de servicios turísticos. De ahí la relevancia que el turismo tuvo para la industrialización y el propio crecimiento económico del país durante estos años. Si bien no olvidemos que el turismo extranjero fue uno de los apalancamientos, de las “dependencias” externas, del desarrollismo franquista. Por sus aportes macroeconómicos, e incluso por sus repercusiones sociológicas, el turismo fue una especie de maná, de “bendición del cielo”. Incluso los españoles también participaron del turismo y de las nuevas formas de ocio, primero en forma de salida vacacional, a veces al propio domicilio en sus pueblos de origen, y luego como viaje de placer, con las nuevas generaciones nacidas en una sociedad de consumo y educadas para ser turistas. Hablamos de esas generaciones que empezaron a valorar el ocio y a normalizar el viaje, incorporándolos a sus hábitos y prácticas ineludibles. Pero como actividad consumidora de espacio que es, el turismo tuvo, y sigue teniendo, unas externalida-

des negativas que ahora, en algunos casos, se siguen padeciendo. La llegada masiva de visitantes implicó un aumento de las zonas urbanizadas, la destrucción de áreas de costa, de paisajes casi vírgenes e idílicos que ya nunca más lo volverán a ser, así como el incremento del consumo de agua y energía, de desechos, de congestión, etc.

Todas estas cuestiones, que han quedado apuntadas someramente en esta presentación, son las que se abordan en este dossier. Las distintas contribuciones que aquí se presentan están orientadas por el buen criterio de avanzar en el conocimiento histórico de un fenómeno de tanta trascendencia sociológica y económica en nuestro país. En este sentido, tenemos que agradecer a *Cuadernos de Historia Contemporánea* que haya tenido la valentía de asumir un número de estas características. Es un hecho constatable que, a pesar de la gran relevancia que el turismo tiene en la vida española actual, todavía su peso en el plano académico sigue siendo pequeño. Y, más importante, su aún escasa incorporación a las grandes síntesis sobre el devenir histórico de la sociedad española en el siglo XX y en estos primeros compases del siglo XXI. Aquí hemos tratado de reunir a un elenco de historiadores del turismo que llevan tiempo trabajando en este campo de investigación, la mayoría de ellos agrupados en el proyecto HAR2011-23214, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad. Por ello, este monográfico debiera contribuir, como el paso adelante que es, a la construcción de esa nueva historiografía del turismo en España creemos empieza a ser ya una realidad.